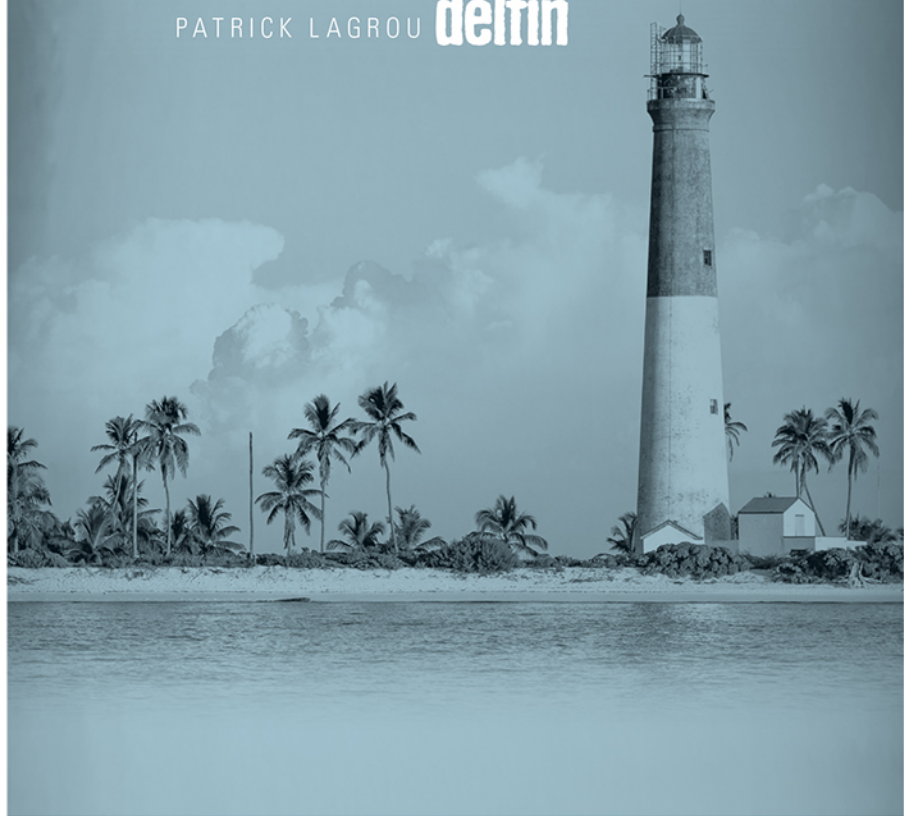


ALDEA
LITERARIA

El niño delfín

PATRICK LAGROU

delfín



**ALDEA
LITERARIA**

El niño
PATRICK LAGROU **delfín**

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría
Traductor: Nicolás Cortegoso Vissio
Corrector: Mariano Sanz
Coordinadora de Arte y Diseño: Natalia Otranto
Diagramación: Azul De Fazio
Imagen de tapa: 123rf
Título original: *Het dolfijnenkind*

Lagrou, Patrick
El niño delfín / Patrick Lagrou. - 1a ed. - Boulogne : Cántaro,
2017.
192 p. ; 20 x 14 cm. - (Aldea literaria ; 547)

Traducción de: Nicolás Cortegoso Vissio.
ISBN 978-950-753-461-4

1. Literatura. I. Cortegoso Vissio, Nicolás, trad. II. Título.
CDD 843.9282

First published in Belgium and the Netherlands in 2007 by Clavis Uitgeverij, Hasselt-Amsterdam-New York.

Text copyright © 2007 Clavis Uitgeverij, Hasselt-Amsterdam-New York.

All rights reserved.

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2017

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-461-4

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

**ALDEA
LITERARIA**

El niño
PATRICK LAGROU **delfín**

INDICE

- 9 Capítulo 1
- 15 Capítulo 2
- 19 Capítulo 3
- 25 Capítulo 4
- 29 Capítulo 5
- 39 Capítulo 6
- 49 Capítulo 7
- 53 Capítulo 8
- 59 Capítulo 9
- 65 Capítulo 10
- 69 Capítulo 11
- 79 Capítulo 12
- 85 Capítulo 13
- 89 Capítulo 14

97	Capítulo 15
105	Capítulo 16
111	Capítulo 17
119	Capítulo 18
123	Capítulo 19
129	Capítulo 20
135	Capítulo 21
139	Capítulo 22
145	Capítulo 23
149	Capítulo 24
161	Capítulo 25
171	Capítulo 26
177	Capítulo 27
185	Capítulo 28
187	El autor

Para Dafne.

Viernes 26 de junio

— ¡Creo que se equivoca!
Todos en la clase quedaron estupefactos cuando Martín dijo estas palabras. Aunque el señor Poels aceptaba todo tipo de opiniones, definitivamente no estaban acostumbrados a la mordacidad con la que Martín se había expresado ese día. Todas las miradas se habían dirigido al señor Poels. Se preguntaban cómo reaccionaría el maestro. ¡Y pensar que el día de clases había comenzado tan tranquilamente!

Hacía ya un año que los alumnos de primero tenían clases de historia con el señor Poels. Ese era el último viernes del año escolar, y por eso, el señor Poels había preparado algo especial. No hacía mucho que había aparecido una nueva edición del diario de navegación de Cristóbal Colón. El señor Poels lo había comprado y hoy les leería un fragmento en clase.

Esa mañana, el señor Poels había dibujado un mapa en el pizarrón con tizas de colores vivos. Era un mapa de las islas del archipiélago de Las Bahamas, adonde el navegante había llegado accidentalmente en el año 1492. A continuación, les había leído fragmentos del diario de navegación. Después de cada fragmento, marcaba con una línea de puntos rojos la

ruta que Colón había hecho y luego retomaba la lectura. Hasta que llegó al último. Nadie habría podido adivinar que aquello despertaría la atención de Martín.

—*Miércoles 17 de octubre de 1492*—decía el fragmento que el señor Poels les leyó—: *a mediodía partí de la población para rodear la isla Fernandina. Al cabo de dos leguas, descubrí un puerto muy hermoso con dos bocas y un islote en el medio. Ambas bocas eran estrechas, pero adentro había espacio para cien navíos. Temía que la bahía no fuera lo suficientemente profunda. Para sondearla, anclé y fui con una barca. Fue una buena elección, porque en la bahía había poca agua. Un pequeño río desembocaba allí. Di la orden de ir al barco a buscar los barriles para llenarlos con agua.*

El señor Poels se levantó de nuevo. Fue hacia el pizarrón.

—Chicos—dijo—, presten atención. Esta bahía es el primer sitio que Colón describe detalladamente en su diario de navegación. Por eso se los voy a dibujar.

El señor Poels desplegó un panel del pizarrón para poder usar la parte libre. Con algunos trazos fugaces hizo un bosquejo de aquello que Cristóbal Colón había descrito en su diario de navegación. Parecía un jarrón aplanado con un tapón encima: la bahía con el islote. Para dibujar la desembocadura del río, borró con un poco de saliva un segmento de la línea de puntos en la parte inferior izquierda. Se detenía en cada parte del dibujo para dar alguna explicación y todos los alumnos asentían con la cabeza. ¿Todos? Sí, a excepción de Martín que no estaba de acuerdo.

—Martín, ¿pasa algo?—preguntó el señor Poels.

El muchacho, que estaba sentado en el primer banco, seguía con la frente fruncida. Desde que su maestro había comenzado con la historia de la bahía, Martín tenía el presentimiento de que reconocía el lugar. Cuando el señor Poels dibujó el río en el lado izquierdo, Martín tuvo la sensación de que algo no estaba bien.

—¡Me temo que algo no encaja! —le dijo al señor Poels.

“Aquí lo tenemos de nuevo”, pensó Joaquín Poels, “nuestro querido Martín volvió a descubrir un error”. Y podía esperárselo mientras Martín estuviera entre sus alumnos. Ya desde la primera clase, había notado que Martín Arens era un chico muy atento y dedicado. Ningún otro alumno permanecía tan en silencio ni prestaba más atención en clase que Martín. ¡Pero ay de Poels si se equivocaba en algo! Entonces se alzaba la mano de Martín: “Señor, hace un momento usted dijo... Anteriormente, esta mañana, ayer, la semana pasada o algunos meses atrás usted también había dicho que... Disculpe, señor, ¡pero no es así!”

Y de hecho, casi todas las veces había tenido que darle la razón a Martín. Este muchacho no solo estaba siempre muy alerta, sino que, evidentemente, tenía también muy buena memoria. Memorizaba sin dificultad aquello que los demás simplemente pasaban por alto, para traerlo luego a colación en el momento adecuado. Las primeras veces, el señor Poels se había molestado. Pero cuando comprendió que Martín nunca lo hacía con mala intención y que siempre hacía sus comentarios de manera respetuosa, los dejaba pasar. Incluso algunas veces había quedado en ridículo, pero terminó por acostumbrarse a esta situación que hasta le parecía amena. Por eso se tomaba el desafío como si fuera un deporte. Ahora le intrigaba saber qué podía estar mal en su dibujo.

—Mire, señor —dijo Martín—, no sé por qué, pero creo que la desembocadura del río no está al lado izquierdo de la bahía, sino a la derecha.

—¿Y qué hay con eso? —preguntó el señor Poels. Esta vez pensó que se trataba de un comentario un poco quisquilloso. ¿Qué importancia tenía si el río desembocaba en el lado norte o sur de la bahía? En todo caso, Colón tampoco lo había indicado claramente en su diario de navegación. No obstante, quería darle al chico la oportunidad de aclarar su postura.

—¿De dónde sacaste eso, Martín?

—Señor, no sabría explicarlo, pero aquel lugar se me hace bien conocido. Como si alguna vez hubiese estado allí, especialmente en el puentecito de piedras sobre el río.

Algunos alumnos se echaron a reír. El señor Poels también pensó que Martín exageraba un poco. Quiso ponerlo en evidencia con un poco de humor.

—Lo siento, Martín, ¡pero Colón no escribió en ningún lado en su diario que hubiese construido puentes en el Nuevo Mundo!

Toda la clase estalló en risas. Pero contra las expectativas del señor Poels, Martín no se rio. Al contrario, se molestó muchísimo, y eso solo había sucedido en contadas ocasiones.

La puerta se cerró con un fuerte golpe. Saskia Arens supo de inmediato que su hijo estaba molesto con algo. Normalmente, Martín volvía animado a casa. Incluso, casi siempre se lo oía entusiasmado: o había sido otro día interesante en la escuela, o habían hecho cosas divertidas. El carácter radiante de Martín había sido para Saskia un verdadero sostén. Porque Saskia Arens no tenía una vida fácil.

Hacía más de diez años que estaba sola. Su familia nunca le había perdonado su "error". Y durante el primer año en aquel pueblito de provincia de miras estrechas había sufrido la pobreza: a pesar del valioso diploma que tenía bajo el brazo, no había podido encontrar allí un trabajo apropiado. Había tenido que enterrar definitivamente los grandes planes que tenía. Estos no le habían traído sino problemas y desgracias.

Finalmente, había comprendido que no tendría calma ni prosperidad, si no rompía totalmente con el pasado. Entonces tomó la gran decisión. De un día para el otro, se mudó a la ciudad. Allí sería aceptada como era.

En la ciudad encontró un empleo interesante. A partir de ese momento, se le abrió un nuevo panorama. Había dejado todo atrás, de modo que nada de su vida anterior pudiese ya afectarla, ni a ella ni a su hijo. Se dedicaría

completamente a él. No tenía necesidad de una nueva pareja. Martín sería quien recibiría toda su atención. Lo criaría como si fuera el hombre de sus sueños. Luego podría admirarlo. Y hasta el día de hoy, no la había decepcionado, al contrario. Desde el primer día de escuela, Martín había sido un alumno ejemplar. En sus reportes escolares no había sino palabras de elogio. Solo la relación con sus compañeros era a veces un poco decepcionante. En clase era un alumno tranquilo. Cuando se relacionaba, era generalmente con chicos de grados superiores. Porque, en el fondo, Martín quería crecer tan rápido como fuera posible. Le interesaba principalmente el mundo de los adultos y cuanto más rápido formara parte de él, tanto mejor. Por eso había vuelto hoy tan molesto de la escuela. No solo la clase entera se había reído de él: lo que era peor, el señor Poels no lo había respaldado. Martín estaba completamente convencido de que su madre le daría la razón.

Saskia Arens había intuido de inmediato que a Martín le había pasado algo en la escuela. En su cara podía entrever que Martín no había sido tomado en serio. Por suerte, también sabía que podría ayudarlo a salir fácilmente de ese pozo. Porque, la mayoría de las veces, Martín tenía la razón. Solo tenía que recordarle que tener razón no siempre implicaba que los demás se la dieran. Y sobre todo, que algo así, en realidad tampoco tenía demasiada importancia. Cada vez que Saskia se lo recordaba, el enojo se le pasaba rápidamente. Sin embargo, Saskia no sospechaba que hoy no funcionaría.

—Y cuando dije que había un puentecito en el río, todos comenzaron a burlarse. Y sin embargo, mamá, estoy seguro de que es así. ¡No puedo haberlo soñado! ¿O sí?

Saskia había escuchado la historia de su hijo con estupor. Ahora que el chico le preguntaba qué pensaba, solo pudo dar una respuesta un tanto cortante.

—Mi querido, esta vez no puedo darte la razón. ¡Te aseguro que lo soñaste!

Y para no darle la oportunidad de profundizar en la cuestión, se levantó y salió del cuarto. Nunca había sido tan cortante con él, pero no tenía alternativa.

En ese momento, el señor Poels entró en su oficina. Tomó un estuche que estaba en la esquina junto a la monumental estantería de libros. Los mapas marítimos que estaban allí, habían llegado recién durante el período de exámenes. Por eso, aún no había tenido tiempo de revisarlos. Y no obstante, bien podía haberlos empleado en la clase del día.

Con un cuchillito filoso cortó la cinta adhesiva en uno de los extremos del estuche. Ahora podía deslizar con facilidad los mapas hacia afuera. De inmediato encontró el mapa de Long Island, anteriormente llamada Ferdinandina. Buscó arriba en el mapa el sitio al que Colón se había referido. Y de hecho, al norte, a un kilómetro del Cabo Santa María, estaba la bahía. Vio que allí había dos accesos con una isla en el medio. Pero lo que más le llamó la atención, fue que sin dudas el río desembocaba a la derecha de la bahía, y no lejos de allí, había un pequeño puente.

—¡Caramba! —exclamó—. Una vez más Martín tenía razón. ¿Pero cómo pudo saberlo?

Er an casi las once cuando Saskia apagó el velador sobre la mesita de luz. El cuarto estaba oscuro como boca de lobo. Saskia no podía dormir si las luces de la calle entraban por la ventana. Por eso, ya desde el primer día en aquella casa, había colgado cortinas oscuras. Lo único que aún podía impedirle conciliar el sueño, era el tic-tac sordo del despertador. Pero a veces estaba tan cansada que aquello tampoco la molestaba demasiado.

Esta vez no lograba dormir. El tic-tac del despertador empezaba a ponerla más y más nerviosa. Había ocurrido algo que ya no esperaba. Después de todos esos años había creído que el pasado estaba definitivamente enterrado. Y entonces, de repente, asomaba de nuevo. Por supuesto, creía que era terrible haber despachado a Martín de ese modo. Pero no quería torcer su decisión de no mirar atrás nunca más.

De momento, parecía que la tranquilidad había retornado. ¿Pero por cuánto tiempo? Martín ya había dado sobradas muestras de su excelente memoria. Y aunque una gruesa capa de polvo se había depositado sobre sus más tempranos recuerdos, por lo visto, no se necesitaba mucho para volver a traerlos a la superficie. Ese mismo día había recibido un clarísimo indicio de ello. La próxima vez probablemente ya no funcionarían los